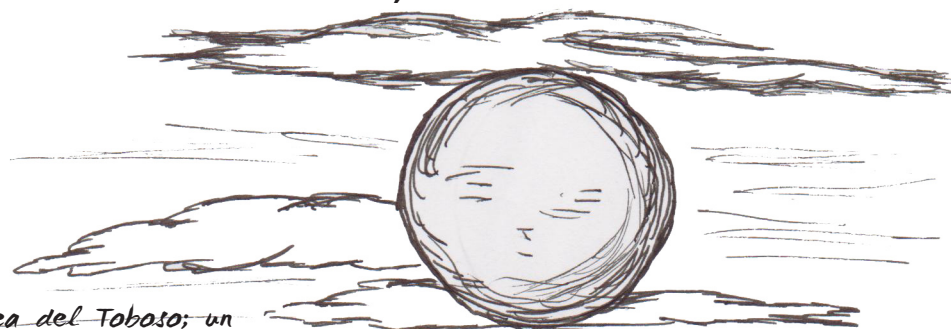
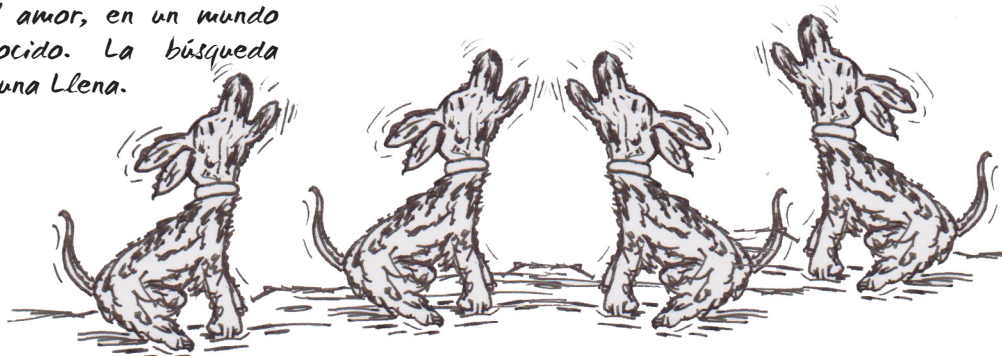


Notas sobre el Club de la Luna Llena*

Barcelona, 2010



Marx en busca de Dulcinea del Toboso; un grupo de jóvenes románticos en busca de la poesía, la filosofía y el amor, en un mundo gramaticalmente desconocido. La búsqueda incesante, utópica, de la Luna Llena.



127

Entre los objetivos que pretende alcanzar *Laberinto* aparece como uno de los fundamentales el promover y estimular la organización de todos aquellos que se cuestionan el sistema actual y que reflexionan sobre la posibilidad de su superación. Es por ello que hoy queremos dar cabida en las páginas de nuestra revista a una experiencia organizativa de la que hemos tenido noticias y que nos ha parecido de gran valor y digna de divulgarse y dar a conocer.

Oficialmente, el *Club de la Luna Llena* aparece como «asociación socio-cultural sin ánimo de lucro» en el registro del Ayuntamiento de Terrassa. Y ésta es toda su vinculación con el Estado (al menos conscientemente). A mí sin embargo, el *Club de la Luna Llena* me recuerda mucho a aquellos socialistas de 1848, cuando aún el *socialismo* era un término vago que evocaba cierta idea de justicia social. Pero que no se me malinterprete, que no me estoy refiriendo a los contenidos de aquel *socialismo*, sino a sus formas organizativas, a su esqueleto: estaba formado por un *sin fin* de sociedades secretas carbonarias, de *ligas y comités democráticos*, clubes de lectura, imprentas subversivas y publicaciones periódicas irreverentes y... efímeras. Salvando las distancias obvias, aquellos socialistas nacían *de y frente* a la revolución liberal; eran el germen de *un otro* que estaba naciendo y que luego lo llamarían el movimiento obrero internacional. Y a mí me gusta pensar que algo así es el *Club de*

la Luna Llena: algo que viene *de y frente* a otras revoluciones y transformaciones sociales, pero que es germen de un *no-se-qué* que haremos, poco a poco, emerger.

Dejando de lado los paralelismos históricos grandilocuentes, el *Club* es algo pequeño. Sí, muy pequeño. Es simplemente un grupo de gente pequeñito, de Barcelona y del Vallès, de amigos y amigas con inquietudes más o menos comunes, y con una -o varias- perspectivas críticas en la realidad histórica que nos ha tocado vivir. Es, ante todo, un «espacio de encuentro» de individuos de muy variado perfil que no pertenecen oficialmente a ningún club (ni siquiera a este), pero que se aprovechan de él para realizar actividades culturales alternativas. Los fundadores *-quiero pensar que estamos fundando una tradición-* nos cuentan que apareció allá por el año 2005, en La Habana, Cuba, a propósito de la amistad y sintonía de varios brigadistas. Y a partir de ahí empezó a hacer de manera intermitente y metamórfica.

* Este comentario ha sido redactado con la ayuda de Ivan Martos, Juan Luis Rubio, Eduardo Núñez, Anna Ferran Valls y Manuel Muñoz Navarrete; además del resto de miembros y participantes del *Club* que lo hacen posible.



La fortaleza del *Club de la Luna Llena* es también su debilidad. El *Club* no tiene órganos, ni jerarquías, ni responsabilidades formales. No tiene unos estatutos. Desaparece y aparece cada vez que se reúnen dos o más de sus miembros. Esto ha tenido la virtud de aglutinar a personas de diferente nivel de implicación, intereses y, también, de diferentes orientaciones -o *desorientaciones*- políticas. Sin embargo, no podemos negar que si la tuerca sigue girando un poco más es porque existe un reparto de tareas informal. Hay quienes se responsabilizan individualmente de que el *Club* *ande*. Tampoco tiene el *Club* un programa de mínimos o máximos. A lo sumo, hay complicidades tácitas, acuerdos no escritos que nos permiten *hablar* y discutir. Eso es mucho. Y es en base a esas complicidades, inquietudes compartidas e íntimas que se organizan seminarios, debates, se mantiene un blog, una lista de correo, se hacen salidas lúdicas y obras de teatro *amateur*.

De interés particular han sido los seminarios monográficos. Normalmente en varias sesiones semanales, se han organizado seminarios sobre el pensamiento político de Lenin, sobre *El Capital* de Marx, sobre la ideología a través del cine de Hitchcock, sobre viajes en el tiempo o el tiempo en la *historia de la física*. Al final del artículo incluimos algunos de los programas de los seminarios. Los seminarios son, principalmente, espacios horizontales de debate. E insisto en lo de «horizontales». Los seminarios están dirigidos por un ponente, una persona que comparte su saber sobre un tema particular y que lo traslada de un modo didáctico al resto de participantes. De hecho, esta es, en mi opinión, una de las grandes virtudes del *Club*: primero, el hecho de que la desigualdad en los conocimientos no inhibe (o inhibe poco) a los participantes, que ya no adoptamos una actitud pasiva/receptora sino activa. En segundo lugar, me parece que el valor del *Club* reside en la socialización del conocimiento acumulado de los participantes. Las personas que vienen comparten sus saberes, ya sean los que han adquirido en su educación formal como en su experiencia práctica. Y no sólo ambas son imprescindibles, sino que esto precisamente es lo que enriquece al *Club*. Aunque no podemos desconocer que se tienden a reproducir desigualdades tanto en

los conocimientos como en las prácticas: es fácil hacer caer en uno o dos compañeros la iniciativa, la responsabilidad en la organización de los seminarios u otras actividades. Aunque insisto, que a pesar del reparto de tareas informal y de las jerarquías no buscadas, pienso que en el *Club* predomina la horizontalidad.

Además de los seminarios, realizamos otro tipo de actividades paralelas. Por ejemplo, las salidas lúdicas y las visitas astronómicas guiadas. O bien la organización de obras de teatro *amateur*. ¡Esta actividad reciente ha sido un éxito! Partimos de una obra escrita por una de nuestras compañeras, Roser Martínez Murillo; y, después, se involucraron unas catorce personas que han ido modelando el proyecto durante varios meses de trabajo; con todos los detalles que implica una puesta en escena: vestuario, escenarios, música, luces, representación, guiones, etc. Esta vez, incluso los familiares y amigos/as han prestado ayuda dadas las necesidades crecientes que iban surgiendo. La obra de teatro, *Recoged esta voz*, trata sobre la vida de Miguel Hernández en el centenario de su nacimiento; es un ejercicio de memoria histórica que mezcla representación, recital de poesía, música y audiovisuales. Es una muestra de la elasticidad del *Club* y de sus potencialidades.

Las personas que participan en el *Club de la Luna Llena* son diversas. Sin duda cada participante es único/a. Algunos/as somos militantes de partidos de izquierda, comunistas, pero otros/as no. En realidad, el *Club* es un poco un grupo de amigos/as que comparten un esfuerzo constante de elaboración de un pensamiento crítico y de prácticas alternativas. Entre los participantes, el nivel de formación educativa formal es muy diverso, también lo son las edades y culturas políticas. Lo que une a los miembros del *Club* son las actividades concretas que se realizan, las redes de amistad y el deseo común de realizar actividades de ocio, cultura y auto-formación con un espíritu crítico. Como uno de los participantes apuntó: «se trataba de salirse de la realidad ordinaria, esta era su motivación más revolucionaria». Se trataba, en suma, de romper un poquito nuestras rutinas diarias a través un espacio sometido a reglas desconocidas. Y salir, claro, de formas de ocio pasivo y consumista.

Notas sobre el club de la Luna Llena

Sin embargo, el *Club* no es un lugar idílico, por más que nos guste pensar en él de ese modo. Ha pasado por altibajos y por periodos más o menos memorables. Como apuntaba uno de los participantes, corremos el riesgo de la «*institucionalización*»; pero no en un sentido tradicional de absorción por las instituciones político-administrativas. Nos referimos a la *institucionalización* como pérdida de carácter irreverente, de rutinización y normalización de la actividad... El abandono de la voluntad constante de construir lo radicalmente diferente. La rutina que dirían unos/as, la inercia y el aburrimiento, otros/as. No es el único peligro que atraviesa a un *Club* como el nuestro. No podemos negar que la *partidización* es otro riesgo. En nuestra opinión, se trata de una tendencia a evitar a toda costa: porque limitaría nuestra capacidad y formas de acción, nos impondría una agenda ajena, coartaría y no respetaría a los/as compañeros/as que no pertenecen a partido alguno. Lesionaría, en definitiva, la autonomía del *Club*. En este aspecto, los militantes partidistas que estamos en el *Club* tenemos aún mucho que aprender: a saber, que poco tenemos que enseñar a los demás, más allá de algunas habilidades organizativas, cierta ex-

periencia acumulada fruto de la participación en otras organizaciones. Pero poco más, porque en el *Club* se trataba de hacer *ex-novo* compartiendo los conocimientos y experiencias de cada cual.

A pesar de la auto-crítica, no podemos dejar de compartir con vosotros/as esta experiencia extraordinaria. En este sentido, el *Club de la Luna Llena* ha sido y es para muchos/as de nosotros/as una experiencia que siempre recordaremos. Como un gesto que trataremos de trasplantar allá donde vayamos. Como una forma de auto-organización *-casi desesperada-* ante una sociedad capitalista y ante un panorama de la izquierda que nos parecen desoladores. ¡Somos personas con el corazón roto! Pero somos conscientes de que necesitamos recuperar algo, a saber, aquella cultura popular combativa que floreció entre la segunda mitad del XIX y los primeros decenios del XX. También, somos conscientes de que será un proceso de construcción lento, tortuoso e imprevisible... Pero a pesar de ello, cada vez que nos sentemos alrededor de una mesa y una *pizarra velleda*, quizás para hablar de Lenin o del amor, pensaremos que ese pequeño gesto es, en sí mismo, un acto revolucionario.